

NICARAGUA EN LA MEMORIA



Javier Diez Carmona

NICARAGUA EN LA MEMORIA

Javier Diez Carmona

Ejemplar de distribución gratuita

<http://laventanainventada.blogspot.com>

Fotografía de portada: Vendedores en Tipitapa.

A Nicaragua

INDICE

Una introducción necesaria	5
TRILOGIA DEL ORIENTAL:	8
El Chelón	9
Gotas de un mar enfermo	12
Miranda	24
CRUZADA:	28
Wawa	29
La quebrada de Aguaclara	32
Agradecimientos	48

UNA INTRODUCCIÓN NECESARIA

Hace mucho tiempo que Nicaragua no aparece en los noticieros. Desde que, en 1.990, Violeta Chamorro llegó al poder dando carpetazo a diez años de gobierno revolucionario, es difícil encontrar en los telediarios a este pequeño país centroamericano sin la mediación indeseada de algún desastre natural.

Aquel año, 1.990, marcó el final de muchas cosas. Entre ellas, de una guerra que, impuesta por Estados Unidos, mantenía a la mayor parte de la población como rehén de los intereses económicos y, en especial, geoestratégicos, del gran hermano norteamericano. Para que cesara la agresión contra su pueblo, uno de los más pobres del continente, los nicaragüenses hubieron de renunciar a la construcción de una utopía. Debieron renunciar a un sueño que, desde la distancia, ni llegábamos a imaginar. Y, como parte fundamental, debieron renunciar al sueño de acabar con el analfabetismo de su país.

Ministros de educación quemando los libros de texto en piras públicas se encargaron de dejar claro que, en adelante, la enseñanza seguiría las pautas marcadas por los países occidentales. Saber leer y, como corolario, ser capaz de aprender y desarrollarse como sujeto social y económico, fue

transformándose con el tiempo en un privilegio vedado a los más empobrecidos, a las familias rurales, a las minorías étnicas. Los sueños esbozados durante la gran cruzada nacional de alfabetización que, en 1.980, enseñó las letras a más de cuatrocientos mil analfabetos, quedaban muy lejos.

En este contexto, hostil a todo lo que oliera a sandinismo, a cruzada, a popular, nace la Asociación de Educación Popular Carlos Fonseca Amador, un empeño por poner a salvo esa pedagogía que, durante una década, recorrió cada rincón de Nicaragua buscando en los bohíos, en los ranchitos, en las ciudades, a quienes la dictadura de Somoza había negado la alfabetización, para enamorarlos, para convencerlos de la necesidad de aprender a leer y escribir. Algo que, como sus propios fundadores intuyeron acertadamente, los gobiernos liberales no tenían intención alguna de hacer.

Durante estos veinte años, la AEPCFA ha venido creando colectivos de educación popular, pequeñas aulas sin paredes donde jóvenes voluntarios y, en especial, voluntarias, dan clase a sus vecinos iletrados, en muchísimos rincones del país. La Palma Africana, San Francisco Libre, Diriomito, Nandasmo, Niquinohomo, Palacagüina, Bonanza, Waspam y otros muchos municipios han sido destino de sus pedagogos, formados durante diez años de trabajo en tiempo de guerra, y fogueados durante veinte años de paz nominativa. Todo ello sin el paraguas del gobierno, sin subvenciones de ninguna clase. Sólo gracias al tesón de media docena de maestros, el trabajo voluntario de cientos de universitarios y estudiantes de secundaria, y la solidaridad interna e internacional.

El libro que os presento incluye cinco relatos ambientados en Nicaragua, los cinco premiados en diferentes certámenes literarios. Los tres primeros, los que componen la “Trilogía del Oriental”, tienen como telón de fondo la pobreza, la prostitución y la violencia de las pandillas en uno de los lugares más peligrosos de Managua. Los dos últimos, reunidos bajo el título de “Cruzada”, están ambientados en el trabajo de maestros y universitarios a favor de la alfabetización popular de adultos. Pero todos tienen en común ser un modestísimo homenaje a Nicaragua, un país de contrastes tan violentos que es imposible no enamorarse de él; un homenaje a quienes, desde 1.980, no han cejado en su empeño de enseñar al que no sabe.

Si disfrutas de estos relatos, tienes a tu disposición “**Entre Lagos y Volcanes**”, un libro lleno de cuentos sobre Nicaragua. Si el trabajo de AEPCFA, la alfabetización popular y voluntaria de miles de iletrados del campo y de la costa, te parece interesante, puedes colaborar comprándolo, o descargándolo a través de su página web (<http://jabidc.bubok.com>) El beneficio íntegro de las ventas de “**Entre Lagos y Volcanes**” se dedica a dicho fin. Y te mantendremos informado de la alfabetización y de cómo colaboramos con ella a través de su perfil de facebook:

(<http://www.facebook.com/group.php?gid=195117623689#!/pages/Entre-Lagos-y-Volcanes/109828302388292>)

Sin más preámbulos, te invito a adentrarte en Nicaragua. Si he sido capaz de plasmar en estos relatos una micronesísima parte de su magia, seguro que te gustan.

TRILOGIA DEL ORIENTAL

EL CHELÓN¹

“El Chelón le decían, sí ¡Claro! porque era un chele grandote, un tipo así como de dos metros, todo rosita y bien recio. En todas partes andaba, y en todas partes bien lo remiraban. Sí, porque era más alto que los nicas, y con ese color... Blanquito blanquito, todo quemado por la solana. Por eso andaba como chanchito pelón, porque el sol le abrasaba enterito, fíjese, pero él nunca se quejaba ¡que va! Él no sabía quejarse, él solo de trabajar sabía. No andaba en pleitos, no tomaba, no perdía las tardes corriendo tras las muchachas, no. Él trabajaba.

No, creo que nadie sabe de dónde era. Hablaba rarito, fíjese, así como mordiendo las letras, así como gruñendo y cantando ¿sabe? No, claro que no sabe ¡cómo va a saber! Y yo estoy vieja, y sorda, y lo mío ya no es la plática, lo mío es cuidar los tiernos de mi chavalo, alistar las tortillas y esperar que el Señor se digne llamarme a su seno.

Pero perdone, usted quería saber del Chelón, y yo acá hablando babosadas. Sí, los últimos años los pasaba en el Oriental. Casi no salía de allá, fíjese, que ni la policía se mete en esos ranchos, y él allá, fajándose con los

¹ Primer Premio en el VIII Certamen Literario “Luis Estrada”. Asturias 2.008

chigüines, robando chigüines a las pandillas, decía él. Mire si no parecía que fuera bolo ¡Robar a las pandillas! Pero era arrecho, el chele. No se ahuevaba así como así. No sé cómo, pero alguien le mandaba platita, y el agarraba los riales y se metía al mercado, allá entre las madres que venden pipianes y enchiladas, y él todo lo compraba; frescos, elotes, libretas, balones. Y así enamoraba a los cipotitos, les quitaba la pega y les daba cualquier chunche, o compartía su jugo de pitahaya o su nacatamal, y pasaba los días platicando, no más, con ellos, jugando pelota o leyendo historias que sacaba de un librote gordo, así como él, lleno de dibujos y de mugre. Y en ese rato, a ellos que se les olvidaba la pega, fíjese.

Pues no sé, claro, no sé pa'que lo hacía. Solo sé que así se encachimbaban las pandillas, que le andaban ojeriza. Ya le decían las doñas ¡ándese con cuidado, Chelón, que un día lo van a amanecer muerto! Pero el Chelón allá que se llegaba cada mañana, a enamorar a los chavalos, decía él, para arrancarlos el vicio que les sorbe los sesos, porque la pega les come los sesos a los tiernos, les agujerea la cabeza y después, ni modo, ya solo pa' mendigar y pa' morir en las esquinas sirven.

Sí, muy de madrugada que lo encontraron. Allá tirado, en el mercado. Le habían macheteado por la noche, ¿sabe? muchas cuchilladas en ese cuerpo tan gordote. Y mucha sangre, también. La sangre brillaba, y era bien raro que brillara la sangre, porque llevaba horas difunto. Pero la sangre brillaba, y se colaba por entre los adoquines. Y allá mismo creció el palo ¡Ideay! ¡Pues claro! ¡El palo largo que cubre el Oriental!. No, no es mango ni guanacaste, es único

en Managua. Yo no digo que sea el Chelón que ha vuelto de allá, porque cuando el Señor lo llama a uno no se vuelve ¿sabe? Solo hablo lo que veo. Que los cipotes se sientan en su sombra, y allá se arraciman leyendo unas cartillas viejas, fajándose con las letras, con los números, porque así lo quería el chele, dicen. Y allá que se juntan las chavalas a platicar quedito cuando no les ven los pandilleros, a recordar los trucos que inventaba el Chelón, pa' que no acabaran tísicas ni panzonas. Y de sus ramas nacen unos frutos muy rojos y muy brillantes, así como su sangre aquella mañana, y nadie sabe si se comen, porque nacen altos, muy altos, y no hay quien se avente a tomarlos. Diz' que son los ojos del Chelón, que desde arriba vigila que sus chigüines no se le escapen, que no se regresen a las pandillas. Y allá sigue el palo lindísimo, alto y fachento, rodeado de chavalos que, a lo que paíce, juegan, no más, se ayudan con las letras, y ya se les olvidó lo de andar la pega”.

GOTAS DE UN MAR ENFERMO²

San Francisco Libre dormita su miseria, su desolación, frente a la delirante capital de Nicaragua. El lago Xolotlan, cloaca donde se vierten vergüenzas e inmundicias, la mantiene lejos, años luz de distancia de una ciudad donde huelepegas y banda ancha se juntan sin mezclarse. Allí, en el viejo San Pancho no hay banda ancha, porque no hay luz eléctrica. No hay huelepegas porque faltan pesos para la cola industrial. Distantes, olvidados en la memoria de unos pocos ancianos, quedan los tiempos en que los managuas buscaban allí refugio contra el calor asfixiante de la capital. Veinte ríos flanqueados de robles y de alerces surcaban la sombra de sus campos, veinte ríos muertos, callados para siempre. Sólo el Río Grande de Matagalpa susurra los últimos estertores de su agónico destierro rumbo a la colosal cloaca del lago. No hay alerces, guanacastes, ni jenízaros. Nubes de polvo recorren los senderos cuando el aire de Occidente araña la tierra. Esporádicos jamelgos, vacas hambrientas y campesinos abatidos vagan por los campos desiertos en busca de briznas olvidadas, matojos aferrados a la tierra reseca, buscando una supervivencia triste y difícil.

No. No son tiempos de extensos parques umbríos. Tampoco de empleo y de progreso, promesas vendidas cuando comenzó el despale, cuando diez

² Segundo Premio en el VI Certamen Literario “Vicente Aleixandre”. Madrid. 2010

serrerías trabajando veinticuatro horas al día proveían de madera a una Managua devastada por el terremoto, ofreciendo esporádicos beneficios y destrucción indefinida. Desaparecieron los bosques. Con ellos se fue la madera, los puestos de trabajo, los efímeros ingresos. Se fue la vida, los pastizales languidecieron, los ríos se cansaron de recorrer un yermo desolado. Corzos, conejos, zenzotles y guardabarrancos murieron o emigraron rumbo a tierras mejores. Sólo quedaron mujeres encerradas en sus cocinas, hombres anonadados por la inmensidad del vacío creado por ellos mismos, y moribundas cabezas de ganado condenadas a vagar errantes en busca de un alimento inexistente.

Un visitante casual podría sentir desazón, compasión incluso, por esos campesinos que, cada atardecer, se encierran en los núcleos de sus comunidades evitando los caminos solitarios, infestados de salteadores y violadores. Pero quien ha visto la película completa, quizá difusa, siempre desajustada, adivina detalles ilusorios, leves matices intuidos bajo el barniz del día a día. Una población misérrima, abandonada, donde todos sus habitantes saben leer y escribir. Una escuela técnica campesina llena de alumnos ansiosos por aprender la cría rentable de chanchos, el cultivo de yuca o de pitahaya, la conservación de los bosques, de los ojos de agua. Pequeños pero densos arbolados rodean las nuevas barriadas nacidas tras el paso del huracán Mitch. Y, oculto entre los arbustos que circundan el Xolotlan, se intuye una construcción sorprendente, un edificio de cuatro galerías abiertas a dormitorios, baños y comedores: el primer hospital de hidrofangoterapia de Nicaragua.

Hasta este hospital llegan, desde diversos puntos de Nicaragua, ciudadanos reumáticos, artríticos, con gota o eczemas, a tratarse por un precio ajustado al bolsillo nicaragüense. Y allí llegan, sonrientes, los paupérrimos vecinos del municipio, que no pagan ni un centavo por bañarse en las piscinas excavadas junto al lecho del manantial. Sin financiación pública, sin ayudas ni subvenciones, la existencia del centro es una suerte de milagro laico, un ejemplo para quienes, en los años más duros del egoísmo desarrollista, siguieron creyendo en el valor de la solidaridad.

Sentado en una mecedora, la melena desgreñada flotando sobre la barba descuidada, una figura macilenta desgrana un libro gastado, mil veces leído y manoseado. Comienza a atardecer y débiles matices de distintos colores se intuyen en un cielo preñado de aburridas nubecillas. Unos pasos suaves rompen el silencio, y Manuela aparece cargada con unas pocas provisiones compradas en la pulpería.

Juanjo levanta la mirada y saluda con una sonrisa. El aroma del café se extiende desde la cocina y la brisa, humedecida por el lago, refresca el ambiente. Cuando Manuela se inclina para besarle, siente en sus labios un calor olvidado, una sensación de cariño, de protección. Ella desliza la mano sobre los muslos expuestos bajo las bermudas, y acaricia con suavidad el vello de sus piernas.

-“¿Cómo están?”-

-“Igual”- farfulla Juanjo –“Se niegan a moverse”-.

Manuela persiste en la caricia. Desciende despacio hasta las rodillas, remonta la cara interna, más suave, hasta que la delicadeza de sus dedos alcanza músculos que sí reaccionan al contacto.

-“Pues yo no te veo tan mal”- susurra a su oído –“Pero no te hagas ilusiones. Tengo que preparar la cena. Por cierto”- añade sentándose a su lado –“Mira con qué me han envuelto los pipianes”-

Juanjo recibe desganado la arrugada hoja de periódico. Se trata de una página de El Nuevo Diario, rasgada y envejecida, donde aparece un artículo que no desea leer.

“Pandillas ultimán a chele cooperante”.

“Otro sigue muy grave en el hospital”

“Dos jóvenes extranjeros, Igor Egorov, de nacionalidad rusa, y Juanjo Hurtado, español, fueron macheteados anoche en el Mercado Oriental. Conforme a la policía, ambos fueron atacados por la espalda, en lo que parece una venganza de las pandillas que controlan el sector del Mercado. Comerciantes y conocidos afirmaron a este periódico que las víctimas pertenecían a una ONG que trabajaba con los miembros más jóvenes de las pandillas, lo que pudo ser causa de este crimen. Uno de ellos falleció en el

acto. El otro, trasladado de urgencia al cercano Hospital Alemán, permanece en estado crítico”.

La noticia se ilustraba con la imagen borrosa de un cuerpo encogido sobre el suelo encharcado, el rostro rígido, irreconocible. No puede evitar un escalofrío al contemplar en fotografía la pesadilla recurrente de cada noche.

-“¿Tan terrible era lo que hacíamos?”- indaga en un ininteligible hilillo de voz, interrogando al aire mudo de atardecer, a las vigas roídas de humedad, a nada, ni nadie, en concreto. Pero es Manuela quien responde.

-“No eras consciente de cuánta plata movíamos ¿verdad?”-

Cada noche, cuando la carretera de Masaya se desnuda de su carga de coches de lujo e impacientes asiduos a los centros comerciales, cuando la luna perfila de brea las siluetas, decenas de niñas invaden los arcenes. Burdamente maquilladas, las piernas cruzadas bajo la imposible cortedad de sus faldas, exhiben encantos a medio desarrollar ante los vehículos que, sin prisa, desfilan frente a ellas. Con sus diecisiete años recién cumplidos, Manuela es una veterana en lides más pecuniarias que amorosas. Desde los catorce pasea la esbeltez de unos muslos en exceso delgados, la dudosa voluptuosidad de unos pechos macilentos, entre adinerados vampiros nicaragüenses y extranjeros carentes de moral. Tres años más tarde es incapaz de recordar el rostro de aquellos que han restregado fluidos contra su vientre, es incapaz de sentir placer al contacto de otras pieles, incapaz de sentir ternura tras dos abortos

improvisados sobre un catre clandestino. Sólo una máquina, un cuerpo que separa las piernas, que cierra los ojos y recoge un dinero destinado a los bolsillos de los proxenetas, tan jóvenes como ella misma. Las pandillas patrullan la vía, controlan los servicios de sus niñas esclavas y reclaman para sí el fruto de la humillación.

No le sorprendió que fueran dos los cheles que la invitaron a subir cuando la ranchera se detuvo junto al vacío de su mirada. No era la primera vez. Seguramente no sería la última. Tomó asiento junto a ellos, armada de su morena desnudez y su sonrisa de trabajo. Un servicio más.

-“Si no hubierais venido...”- Manuela oprime con fuerza la mano, siempre temblorosa, de Juanjo —“Igor estaría vivo. Tú podrías caminar, tendrías un futuro, podrías... “- siente ahogarse la voz en un sollozo y se obliga a volver la mirada. No ha soportado incólume miles de vejaciones de chulos y clientes para sucumbir ante la dolida mirada de aquel extranjero bonachón —“... nunca debisteis meteros en esto”.-

Juanjo recuerda las jornadas interminables en los laberintos más lóbregos del Oriental, convenciendo a alucinados infantes de nueve años de las virtudes de la pelota, de los juegos al aire libre y, poco a poco, de ciertos libros repletos de dibujos, mientras les quitaba los botes de cola industrial. Sabía que, al caer la noche, cuando abandonaba con el ruso las sombras amenazantes del mercado, ellos regresaban al consuelo químico de la pega, pero no importaba. Paso a paso, caminaban. Con el tiempo, con mucha paciencia y

gracias al saber hacer de Igor, el Chelón, como le llamaban las comadres por su enorme tamaño, algunos niños, pocos, se reintegraron a una vida que el pegamento y las navajas amenazaban exterminar antes de su inicio. Eran gotas insignificantes en un océano hediondo de miseria y supervivencia arrancada a machetazos, pero eran gotas de una belleza que dolía a los ojos. Jamás, en los treinta años de su gris existencia, Juanjo sintió un orgullo semejante. Entonces decidieron intentar lo mismo con las pequeñas esclavas del sexo y la violencia.

La primera vez fue tan descorazonadora como siempre. De la muchacha sólo consiguieron el nombre, Manuela, pero el resto fue miedo y arrogancia. Miedo disfrazado de arrogancia. Acostumbrada al diario maltrato de los suyos, al desprecio de quienes vaciaban en ella sus vergüenzas, la supuesta ingenuidad de precoz adolescente era ya un odio sordo hacia los hombres. Escudada tras una coraza infranqueable, ni las palabras bienintencionadas de los extranjeros, ni el puntual pago de su tarifa sólo por hablar, consiguieron traspasar la muralla de su desconfianza. Cuando la devolvieron a la sombra de las farolas muertas, mientras Egorov callaba sumido en la tristeza, Juanjo se recreó en su esbelto perfil, cincelado por las luces del vehículo. Y confirmó, a su pesar, que no era lástima lo que sentía.

No. Aquella joven digna en su perpetua derrota, de ojos apagados pero vivos, de gruesos pezones palpables bajo la camiseta, despertaba en él un deseo febril de tan intenso.

-“Me doy asco cada vez que lo pienso”- gruñe removiendo sin ganas un café templado como la tarde. -“Sólo un cerdo actúa como yo”-

Manuela contiene el eco de esa risa que, a ratos, parece regresar a una garganta hecha de llanto. Toma asiento frente a él, encañonándole con el renacido brillo de sus pupilas, y acaricia sus piernas inmóviles con la punta de los dedos. -“Claro. Me pervertiste ¿no es eso?”- Deja que una breve carcajada aflore a sus labios antes de concluir con la seriedad de sus diecisiete años - “Cogerme fue lo mejor que hiciste”.-

Juanjo volvió dos días más tarde. Nervioso, sin la compañía de un Chelón sumergido en el inframundo del mercado, llevó a la muchacha a un hotelito perdido en la ladera de Tiscapa, paredes discretas, acostumbradas al gemir agónico de los enamorados. Después, con una terquedad indestructible, llegaría el trabajo de concienciación, discursos mejor o peor hilados sobre un futuro ajeno al lodazal de las pandillas. Pero primero tenía que desnudarla, tenía que disfrutar de sus breves curvas, de sus caderas acogedoras y del feroz perfume de sus poros, haciendo caso omiso a la culpabilidad que le taladraba por dentro. Tenía que acostarse con esa mujer trece años menor que él, pero más adulta que cualquiera de sus novias pretéritas. Y si, después, Manuela accedió a escucharle, accedió, cerrados los párpados, a dejarle inventar historias imposibles sobre hogar, estudio y respeto, fue a causa de la ternura destilada por aquel hombre en cada caricia, en cada beso, en cada empujón sobre un viejo chirrido de muelles oxidados.

-“¿Y ahora?”-

Intercambian una mirada de complicidad. El día languidece dibujando sombras encogidas con los raquíticos árboles de la orilla. Sobre las aguas sucias del lago se intuyen siluetas cansadas, barcas macilentas de regreso al abrigo de un puerto arrasado años atrás por el huracán. Comparten el silencio como una pareja que se conoce desde siempre. Pero sólo hace seis meses que sus destinos se cruzaron allí donde las niñas consienten violaciones pagadas por miedos inenarrables y químicas adicciones. Manuela, a dos semanas de alcanzar la mayoría de edad, huele a harina y maíz, a leña y café recién molido. Juanjo está vivo, a pesar del navajazo que, en un callejón oscuro, seccionó su médula y su porvenir.

-“Ahora”- la mujer se incorpora en un bostezo estudiado, atenta a la expresión embelesada del chele –“Vamos a cenar. Más tarde, espero que me acompañes a la cama. Y no tengo ganas de dormir”- concluye mientras se pierde en la cocina acompasando el vaivén de sus nalgas a la mirada de su pareja. Juanjo sonríe. Mejor eso, piensa encendiendo un cigarrillo, mejor pensar en el presente. El futuro, lisiado en un país condenado a la supervivencia por los dueños del mundo, es demasiado lóbrego para aventurarse en su laberinto sin la robusta compañía de Manuela. Y el pasado...

El mercado estaba mudo. Lejanos goteos sincrónicos de alguna cañería sin arreglar, o el eco de esporádicas ráfagas de aire filtradas entre las chapas del tejado eran la única banda sonora de un film que presagiaba aciagos

desenlaces. Igor y Juanjo marchaban muy cerca el uno del otro, conteniendo a ratos la respiración, agudizando el oído en la esperanza de captar los pasos de las muchachas. Pero, aquella noche, el Oriental era una recreación demasiado real de una tumba.

Eran dos. Dos crías de apenas de trece años, aterradas por la perspectiva de vivir para siempre en la esclavitud de las pandillas, aterradas por la perspectiva de rebelarse contra las pandillas. Convencidas gracias a la terquedad de sus argumentos, ambas se decidieron, por fin, a dar el paso. Pero necesitaban ayuda.

El coche descansaba a la puerta del mercado, varado sobre la acera con los faros apagados, dos enormes ojos carentes de esperanza. Ellos caminaban entre hileras de pantalones apelotonados, cajas abarrotadas de toda clase de artículos de imitación y hediondos restos de carne en putrefacción. Juanjo pensaba en Manuela. En seis ocasiones regresó a buscarla para yacer desnudo junto a ella, para reafirmar a su oído promesas de un futuro mejor o, como mínimo, promesas de futuro. Pero era pronto. Demasiados años sometida por demasiados hombres la obligaban a recelar de aquel extraño chele, ligeramente regordete y curtido de ingenuidad. No la culpaba. Pero hubiera dado cualquier cosa por verla esperando, junto a las otras, en los cuartuchos donde hacinaban a las chiquillas.

Nunca llegaron hasta ellas. Aquello se convirtió en una de las recurrentes pesadillas de su convalecencia ¿Qué las sucedió? Las imaginaba

en la cuneta de alguna carretera perdida, los rostros deformes de terror, miríadas de insectos devorando sus tripas dispersas entre la maleza. Muertas, pero acusando con cuencas vacías a los malnacidos que llenaron sus mentes de promesas irrealizables, que las empujaron a desafiar el poder omnívoro de la pandilla, que las abandonaron cuando más falta hacían. Pero no era cierto. Ellos no faltaron a su cita. No salieron huyendo al sentir el peligro. Igor Egorov, el mítico Chelón que, tras años de repartir esperanza entre los más pobres de los empobrecidos, gozaba de un hueco en el imaginario colectivo del Oriental, voló con ellas a lugares desconocidos y mejores cuando dos siluetas de negro y plata emergieron entre las sombras y, sin un grito, sin ruido alguno, atravesaron con sus machetes las anchas espaldas del ruso. Juanjo ni siquiera fue consciente de la emboscada. Una llamarada de fuego barrió su columna vertebral y ascendió a su cerebro en una orgía de dolor. La niebla se cerró sobre sus párpados caídos, el mundo giró en un abismo inabarcable y el conocido aleteo de la muerte acompañó sus últimos segundos de frágil consciencia.

-“Creo que rogué un milagro”- murmura sorbiendo los restos del café. La taza pesa entre sus dedos agarrotados, pero no es consciente de nada ajeno a su añoranza. -“Allí, muriéndome sobre los adoquines del Oriental, rogué por verte”- alza la mirada y vislumbra una lágrima que Manuela no alcanza a disimular -“Ya entonces estaba enamorado de ti como un niño”- suspira, acariciando con torpeza sus piernas flácidas, insensibles. -“Y cuando, al salir del coma, te vi acurrucada en una esquina de mi habitación, pensé que, como mínimo, esto había servido para algo.”-

Manuela no responde. Encerrada en la cocina, finge preparar la cena, pero un reguero de lágrimas arrasa su rostro envejecido de penurias. Los platos chocan con torpeza en el fregadero, el aceite crepita en una sartén de inestable equilibrio, y un cierto olor a quemado inunda la estancia, pero nada importa. Sólo importa aquella noche, grapada para siempre a su memoria. Sólo importa que fue ella, la mujer en quien Juanjo confiaba, la responsable de su desgracia. Aterrorizada por las sospechas de la pandilla, arrinconada contra la pared, contra el filo de un cuchillo, denunció los planes de las dos niñas, su fuga previsible, el papel de los extranjeros. Ella les envió a la muerte. Ella, piensa conteniendo a duras penas los lamentos, le condenó a la prisión de su cuerpo inmóvil.

MIRANDA³

Surgió de entre las sombras como una aparición. Una silueta pequeña, de piel oscura, sonrisa plena de carmín y ojos vacíos, extraviados en la nada. Se acercó contoneando esa cintura no formada, exhibiendo los muslos raquíticos, haciendo torpes equilibrios sobre los tacones. No podía creerlo. Mi coche acababa de exhalar su último suspiro a la salida de Managua, entre pabellones dormidos y destartalados ranchitos de plástico y madera. Entonces apareció Miranda, pasando por la infancia disfrazada de mujer, pasando por la vida en espera de la muerte. Tensa, artificial, buscaba clientes con la angustiosa desesperación que provoca la pega, con el sordo terror impuesto por los pandilleros, acechantes en la distancia “¿*Querés gozarla, chelito?*”

Al día siguiente me presenté en el Oriental, mercado donde miseria, resignación, violencia y cola industrial se hacían en callejones repletos de paquetes extraños, ropa de imitación, chunches plasticados y miradas de alerta, la desazón flotando en algún lugar desconocido de mi interior. Nunca me importaron las historias de pobreza y caridad, relatos melifluos donde santones edulcorados rescatan a mendigos y enfermos de las garras de su realidad. A mis treinta años era directivo de una gran empresa, mi chalet competía con los

³ Primer Premio en el I Certamen Literario “Lo Vives, Lo Cuentas”. Navarra 2.010

saldos de mi cuenta corriente, y el futuro mostraba una halagüeña perfección. Por eso estaba en Nicaragua. Para sondear el mercado, reunirme con posibles proveedores y analizar las excelentes condiciones de la Zona Franca para la inversión extranjera. Todo iba bien. Muy bien. Hasta que tropecé con Miranda.

La encontré en un oscuro cuartucho de tablones podridos. La humedad se cerraba sobre el habitáculo donde cinco niñas descansaban en jergones dispersos por el suelo. Ninguna superaba los doce años. Miranda me saludó con un gesto y una sonrisa que, esta vez sí, iluminó tenuemente sus pupilas. Algo estalló en mi pecho, algo me rasgó por dentro y, de golpe, olvidé inversores, empresa y porvenir profesional. Sólo Miranda, el rostro limpio de maquillaje, un puchero infantil en sus mejillas. Ojerosa, desgranando bostezos bajo una sábana raída, recordaba a juguetes y caramelos, a escuela y nerviosos cuchicheos con sus amiguitas. Pero, cada noche, era prostituida por quienes afirmaban ser como ella. Las pandillas controlaban a las pequeñas, vendían sus cuerpos y violaban sus almas con la misma indiferencia con que mataban y morían en las calles mal adoquinadas de Managua.

Las llevé a comer a un ruinoso restaurante, pollo y exceso de patatas regadas en aceite ennegrecido por el uso. Pronto olvidaron sus miedos para mostrarse como eran, cinco niñas deseosas de reír, deseosas de aprender, de disfrutar bajo el sol perpetuo de Centroamérica. Hablé de mí, de mi país, de sus montañas redondeadas, alfombradas de césped y pinares rectilíneos, y ellas me refirieron sus cortas vidas, familias desestructuradas, padres alcohólicos, madres hambrientas, sembrados baldíos, ciudad capital de

esperanzas truncadas y mafias aguardando con paciencia, ofreciendo protección a cambio de una sumisión ilimitada. Mafias celosas de su terreno, que vigilaban desde el otro lado de la calle. Tragué saliva. *“Acá laboró un chele grandote, un huevón arrecho que encachimbaba a las pandillas porque quiso llevarnos a la escuela, sacarnos de la carretera, pues. Allá lo ultimaron, macheteado por la espalda. Ni defenderse pudo. Puro chancho son estos huevones, así que andáte con cuidadito, chele, mirá que ellos lo saben todo, pues”.*

Una furgoneta. Alquilar una furgoneta y secuestrarlas. Atravesar la frontera era imposible, pero podíamos enrumbar la carretera Norte, buscar en Estelí un lugar donde instalarnos. Apuntarlas al colegio, pagar sus estudios, borrar el vacío de sus miradas, devolverlas una infancia que no habría de regresar... ¡hice tantos planes en tan poco tiempo! Pero comprendí que no podía. No podía huir. No sabía huir. Atrás dejaría nuevos pandilleros sembrando de violencia las calles asustadas. Nuevas Mirandas recolectando sida y humillación en los arcenes. Me recreé unos segundos en los rostros felices de las pequeñas, que disfrutaban sus helados sin pensar en el mañana, sin pensar en la noche venidera. La amenaza seguía ahí, personificada en dos adolescentes recostados contra una pared, pañuelos en el cráneo, tatuajes en la piel, odio en un alma eclipsada por la pega. Pero en ese lugar, a la vera del Oriental, cabía una escuela. Allí cabía un comedor, un refugio para niños sin infancia, un taller donde aprender a ser adultos. Allí, donde se citan droga, miseria y asesinos de futuro, podía levantar un humilde oasis, una brizna

insignificante en el centro de un pantano demasiado peligroso, una brizna donde los náufragos podrían aferrarse para sobrevivir con dignidad.

Cerré los ojos y aspiré con fuerza. El olor a frituras y carburante mal quemado me devolvió a una realidad mucho más cruel, mucho más ingrata de lo que jamás hubiera sospechado. Los pandilleros me miraban con atención, improvisando gestos obscenos de evocaciones nada tranquilizadoras. Pero las niñas reían. Recordé la noche anterior, Miranda desnuda en mi furgoneta, la culpabilidad cercenando el deseo. Y las niñas reían, apuntaban mis proyectos con el eco de su efímera felicidad. Cerré los ojos. Y soñé.

Hoy, doce años después, Miranda asume con firmeza la dirección de un centro donde pequeños sin futuro se alimentan de esperanza. Como entonces, la mara vigila, armada de odio y machetes. *“Como entonces”*; asegura Miranda a un auditorio prendado de su magia, *“caminaremos atentos a nuestras espaldas. Pero caminaremos”*.

CRUZADA

WAWA⁴

El Wawa descendía nervioso, denso de lodos acumulados tras las últimas tormentas. En la orilla, hundidos en el fango hasta casi las rodillas, los muchachos evaluaban la inmensidad de su impotencia. Sobre la hierba húmeda, los ojos perdidos más allá de la oscura bóveda de nubes, Alba se desangraba lentamente.

Debían atravesar el río. Tenían que hacerlo, aunque el ronco rugido de esas aguas que, en cada meandro, invadían los campos y anegaba las champas abandonadas por sus pobladores, advirtieran de lo contrario. Pero, al otro lado, erguido sobre una loma tapizada de famélicos pinares, estaba el dispensario.

Omar suspiró. Gruesas gotas de lluvia resbalaban desde su cabello, dibujaban sobre su tez morena surcos que podrían ser de pena, dolor o frustración. Camilo cerró una mano sobre su hombro y apretó con fuerza los párpados, manida artimaña para alejarse, por unos segundos, de la pesadilla. Pero era urgente regresar a la realidad, a la ribera del Wawa, al torrente de sangre que manaba del cuerpo de Albita. Una vez más, repitió en voz baja lo que ambos sabían perfectamente: “Hay que pasar”.

⁴ Segundo Premio en el IV Certamen Literario “Osmundo Bilbao”. Bizkaia 2.010

Desde el inicio de la Cruzada, desde que se incorporaron a la gigantesca ola de ciento quince mil adolescentes dispersos entre campos, lagos y volcanes, para enseñar a leer y escribir a tanto compatriota ninguneado por la historia y el sistema, Omar, Alba y Camilo formaban una célula inseparable. Juntos llegaron a la pequeña comunidad de Awas Tingni, donde un silencioso grupo de mayangas les recibió con su brusca hospitalidad, con su franca amabilidad. Allí, aislados del mundo y la Nicaragua conocida, se entregaron a la tarea de alfabetizar a campesinos que jamás habían tocado un lapicero, a mujeres de edad plegada en las mejillas que curioseaban la cartilla como si de un juguete se tratara. Y, complemento imprescindible a su aventura, a su entrega, descubrieron los secretos de la siembra, la tapisca o el cuidado de los animales, vieron a sus palmas estudiantiles endurecerse al contacto del arado. Los meses trascurridos desde entonces, desde que abordaron la montaña a lomos de oxidados volquetes renqueantes, les unieron con indisolubles lazos de amistad, les hicieron más viejos, más conscientes. Enseñando a leer, aprendieron a madurar.

La panga asemejaba un caballo encabritado. Arrastrada por la fuerza de las aguas, ansiosa por cabalgar sobre aquellas aguas revestidas de tragedia, tiraba nerviosa del mecate que la anudaba a tierra firme. Tragaron saliva. La otra orilla se alejaba, se difuminaba entre una bruma repentina que, comprendieron, se adhería salobre a sus pestañas. Imposible. La frontera marcada por el Wawa, esa gigantesca serpiente parda que separaba la vida de la muerte, era infranqueable.

Alba gimió. Por el tajo de su vientre, la muchacha se escapaba sin remedio. Su rostro aniñado, doblado sobre si mismo, parecía amortajado antes de tiempo. Balbuceando lamentos ininteligibles, contemplaba el vacío con el pánico impreso en las pupilas. Se moría. Derrumbada a los pies de sus amigos, Alba agonizaba. Y, ante sus miradas de aterrada culpabilidad, la barca interpretaba sobre el cauce una danza de futuros imposibles. Omar y Camilo se miraron. Sin palabras. Sin gestos. Se miraron. Tomaron aire. Y decidieron.

Ciento quince mil jóvenes subieron a las montañas nicaragüenses en Marzo de 1.980, para enseñar a leer y escribir a casi medio millón de iletrados marginados por la dictadura de Anastasio Somoza. Cincuenta y ocho jamás regresaron. Entregados a la labor de ayudar a sus compatriotas, murieron en diferentes accidentes, ahogados e, incluso, asesinados por la Contrarrevolución.

LA QUEBRADA DE AGUACLARA⁵

La noche era oscura como un presagio de futuro, oscura como sólo podía serlo el alma de los asesinos, como el vientre de aquel lago extraño en cuyo fondo dormitan los tiburones. Oscura como la manta que cubría el cadáver de nuestro compañero. La noche era oscura. Y, protegidos por esa oscuridad, encogidos en la estrechez de nuestro esquiife, navegábamos rumbo al norte.

Sentado junto al piloto, un adusto marinero cuyo hermetismo no rompían ni el oleaje ni un viento creciente, recordaba lo sucedido, recordaba la angustia, recordaba el miedo y la rabia, pero no sentía nada. Sólo vacío. Un vacío denso, un vacío líquido, como si algo se derritiera en mi interior, como si la esencia de... no sé cómo decirlo, no sé si llamarlo alma o si va más allá de nuestra comprensión, pero era como si lo que nos diferencia, lo que nos hace ser nosotros, y no una réplica del hermano, del amigo o el rival, se hubiera transformado en una masa viscosa que nada significa, que nada representa. Estaba hueco. Ya no podía odiar.

⁵ Primer Premio en el I Certamen Literario “Gaspar García Laviana”. Asturias. 2.010.

Yo no viajé a Nicaragua para integrarme en una guerrilla. No aterricé en ese país destartado y renaciente para enfrentar un enemigo armado. Me dirigía a la lucha, por supuesto, pero a una lucha menos cruenta, más enriquecedora, una lucha imprescindible como todas. Mi batallón de combate estaba integrado por estudiantes de las normales nicaragüenses, voluntarios arribados de Managua, León o Estelí, junto a un modesto puñado de brigadistas extranjeros. Nuestras armas eran el lápiz y la cartilla, nuestro adversario el analfabetismo galopante y nuestra meta convertir en claridad la oscurana impuesta por Somoza a la mayoría de sus compatriotas. No necesitábamos fusiles para enseñar a leer. Bueno. Eso pensábamos.

Hoy todo es diferente. Aquí, a veinticinco años y ocho mil kilómetros de distancia, las fronteras se difuminan en mi imaginación. Los recuerdos se mezclan, se entrelazan y dibujan secuencias que, tal vez, no fueran tan hermosas, tan dramáticas o tan intensas. O quizá sí. Al fin y al cabo, la primera vez que la muerte se muestra desnuda ante tus ojos, despojada del artificioso consuelo de que solemos revestirla, deja una huella indeleble que habrá de acompañarte por el resto de tu vida.

Recuerdo el calor de Managua. Recuerdo las sonrisas en las calles agujereadas de tanta bomba, recuerdo la esperanza, las ruinas de lo que, antes del terremoto, pudo ser una ciudad. Recuerdo la Plaza de la Revolución, la catedral lamiendo sus heridas y el brillo en los ojos de mis acompañantes. El internacionalismo nacía en Europa férreamente alineado a la Revolución Popular Sandinista y, al calor de aquella ola que llenaba de sentido nuestras

rutinas, caí de bruces en la Brigada Benicio Herrera Jerez, un disciplinado batallón de combate contra la ignorancia dirigido con mano de hierro por Orlando Pineda, taciturno maestro fogueado en mil batallas que no permitía a sus muchachas, a sus muchachos, el más mínimos descanso hasta que las letras, la dignidad, hubieran llegado a cada campesino de la frontera sur, una región hecha de selva y agua, acurrucada entre el río San Juan y el inabarcable Cocibolca, por donde navegábamos en compañía de un cadáver.

Eran tiempos de guerra, sí. La Revolución, aquel anhelo masivo de justicia social, apenas llegó a conocer un año de paz. Ya en mil novecientos ochenta, en plena Cruzada Nacional de Alfabetización, los últimos guardias somocistas huidos hacia Honduras, comenzaron a regresar, las espaldas cubiertas por capital y armamento estadounidense, para asesinar a voluntarios desarmados, a educadores y sanitarios llegados a la montaña con la ilusión de aportar su granito de arena para levantar un país nuevo, donde todos tuvieran cabida. La Contra, los luchadores de la libertad según terminología de la Casa Blanca, comenzaba su lento genocidio contra la población civil.

En mil novecientos ochenta y siete, cuando recorrí por vez primera las calles desdentadas de Managua, los ataques de la Contra se encontraban en pleno apogeo. Las poblaciones más cercanas a su área de influencia, la militarizada frontera con Honduras, eran aldeas fantasmales, lugares donde la vida quedaba en suspenso a cada grito de sirena, donde el polvo de las calles sólo era barrido por los viejos jeeps del ejército sandinista, donde cada anochecer, cuando cerraban los tablonés que hacían de puerta en sus bohíos,

los aldeanos se preguntaban si sería aquella la noche escogida por los invasores para violar a sus mujeres, para quemar las casas y los campos, para regar esa tierra que tanto dolor les costó recuperar, con la sangre de sus hijos. Somoto, Jalapa, Quilalí o Waspam, misérrimos caseríos de un país sin guerra declarada, amanecían cosidos de trincheras, erizados de cañones y antiaéreos, ateridos de frío norteño y pánico aún más norteño.

Pero yo me iba al sur. También allí, en torno al río que dibujaba la permeable frontera con Costa Rica, había escaramuzas, había esporádicos enfrentamientos y se escuchaba, cada cierto tiempo, el eco de los disparos rebotando en la lejanía. Pero la situación no era de guerra total. ARDE, la facción de la Contra liderada por Edén Pastora, antiguo sandinista con demasiado afán de fama y reconocimiento, no tenía capacidad para intimidar a las fuerzas del gobierno. En Río San Juan, nos aseguraron, había que buscar el peligro para encontrarlo.

Esa idea, esa frase pronunciada no recuerdo por quién en los intensos días de Managua, me rondaba una y otra vez mientras la panga saltaba sobre el inquieto oleaje de un lago con ífulas de océano. A mis pies, envuelto en un sudario improvisado, Manuel, el cuerpo de Manuel, temblaba en su anormal rigidez. Bueno, no tan anormal para un cadáver, claro. “Buscar el peligro”. Manuel, el más prudente de entre nosotros, yacía en el charco que anegaba el fondo de la barca. Y el vacío, la nada, me envolvía cada vez con más fuerza, cada vez con menos decisión. Volvíamos. Abandonábamos Río San Juan camino de la ciudad, y la huella del fracaso flotaba dubitativa ante mis ojos.

Durante el viaje de ida, un larguísimo periplo a lomos de camión, no dejamos de cantar. Embutidos en la caja de un viejo volquete, diminuta fotocopia de la gran cruzada, destrozábamos a pleno pulmón poemas musicados de Gioconda Belli, nostalgias del grupo Pancasán o temas de los Mejía Godoy, himnos y bandera en nuestra lucha. Allí supe que era posible hermanarse con desconocidos sin apenas vello sobre los labios, con muchachas ilusionadas, con los desarrapados vendedores que nos regalaban agua en cada cruce, con el aire cálido de un Pacífico bordeado a paso de tortuga. Estaba contento de no hallarme en pleno conflicto, en los límites con Honduras, pero sentía una inexplicable nostalgia de aquellas tierras desconocidas, legendarios teatros de gestas exaltadas en nuestros coros. Prendado de la épica de aquel pueblo que defendía su dignidad frente al Goliat atómico, no deseaba marcharme de Nicaragua sin visitar los lugares donde cayeron Carlos Fonseca, Pablo Úbeda o Germán Pomares, sin depositar una flor, o una mirada de respeto, en Las Segovias o Palacagüina. Pero pronto supe que también el sur fue, durante los años de insurrección, testigo de epopeyas sandinistas, como el asalto al cuartel de San Carlos o la caída en combate de Gaspar García Laviana quien, en palabras del juglar, solía afirmar que la muerte es semilla cuando hay un pueblo detrás. Pero ¿qué tipo de semilla me acompañaba a mi regreso, sobre las tablas pulidas de nuestro bote? Del cuerpo acribillado de Manuel brotaría esperanza en el futuro, brotaría ejemplo, brotarían corazones enraizados en su pueblo, pájaros, malinches y milpas por tapiscar. Sí. En lo más hondo de mi ser, ese ser vacío encerrado en la carcasa de huesos y piel que me da forma, anhelaba creer en los versos,

anhelaba saber que Manuel no sería uno más, que su caída en combate, enfrentando al analfabetismo, y a los sicarios de Pastora con una cartilla y un lapicero, serviría para algo. Y, en el fondo, muy en el fondo, lo creía. Pero ¿cómo explicárselo a la madre? La embarcación dibujaba el camino de Granada, dejaba a su costado, extraños y orgullosos, los pechos volcánicos de Ometepe, nos acercaba hasta el hogar abandonado por el muchacho para integrarse, alegre e ignorante, a la aventura de enseñar al que no sabe. Nos acercaba a su familia. Y era nuestro deber entregarles los restos de su hijo, explicarles lo sucedido, glosar la imagen heroica del caído en defensa de los indefensos ¿Sería capaz de hacer comprender a la madre de Manuel que su muerte era semilla? Lo dudaba mucho.

Recuerdo la llegada a los Raizones. Allí, apretujadas entre montañas verdeadas, lluvia y millones de zancudos, minúsculas comunidades se apretujaban encogidas en un paisaje adusto y salvaje. Granada, cuna de la escasa burguesía nicaragüense, ciudad de grandes patios coloniales, playas lacustres e iglesias edulcoradas, distaba apenas unas horas en coche. La próspera Costa Rica estaba ahí mismo, al otro lado del San Juan. Pero adentrarse en los Raizones era transmutar el tiempo y el espacio. Champitas de palma goteaban desidia cada amanecer. Vacas famélicas, de grandes costillares exhibidos para placer de las moscas, vagaban erráticas, incapaces de alimentar a sus propios terneros. Niños desnudos esparcían mocos sobre sus labios mientras las madres se perdían en lo profundo de plantíos improductivos y los padres, los pocos que no enfrentaban a la Contra, sumergían añoranzas de tiempos nunca conocidos en botellas de guaro

destilado en sus propias casas. Nadie sabía leer. Nadie sabía escribir. Y a nadie le importaba. Los campesinos eran conscientes del cambio implantado en el país. Ya no había jueces de mesta imponiendo sus caprichos, no había guardias somocistas violando a las muchachas con la excusa de combatir a la guerrilla. Pero en el aire flotaba la apatía, la desgana. Tal vez, el convencimiento de ser los parias de la tierra. De que nada bueno les reservaba el destino, no importaba el color de su disfraz. Para colmo, goteaban los rústicos ataúdes de muchachos reclutados para frenar el avance de la Contra, muertos en la montaña norteña sin que quienes lloraban su sacrificio llegaran a comprender la razón de todo aquello. A esas gentes debíamos alfabetizar, enamorar, usando las palabras del Maestro.

Los brigadistas nos alojamos con familias de la comunidad. Bueno. En mi caso, con los restos de una familia. María era una mujer demasiado joven para tanto hijo, para tanta desidia en la mirada. Descalza y vestida de harapos raídos, oscura la piel y cuarteada el alma, arrastraba de un lado para otro a sus tres cipotillos, tres huracanes capaces de crear el caos en un segundo. El padre, el marido, llevaba años desaparecido, quizá fugado para no incorporarse a las filas del ejército, quizá compartiendo tiempo y fluidos con otra mujer, o con otras mujeres, algo habitual en Nicaragua.

Fui feliz. Durante los meses de estancia en aquel paraíso de amaneceres soñolientos, de laderas sembradas de labriegos reclinados sobre los campos, fui feliz. El calor sofocante, los mosquitos talla XXL, el agua, tan fresca como impura, del pozo, y las inevitables diarreas que me obligaban a

correr hasta la letrina, donde pasé buena parte de mi tiempo acuclillado entre culebras, curiosas cucarachas y arañas gigantescas, no consiguieron nublar la sensación de plenitud que me llenaba. De repente, comprendía el significado de estar vivo. No podía imaginar que, poco después, aprendería a vivir estando muerto.

Fueron largas jornadas de caminata ininterrumpida, de subir y bajar por aquella orografía agreste, entrando en todos y cada uno de los bohíos dispersos en completo caos entre árboles, arroyos y lodazales. Los extranjeros no alfabetizábamos. El magisterio, desbrozar los oscuros secretos de la cartilla, era labor adecuada a los jóvenes estudiantes llegados desde Managua, Estelí, Rivas o Granada. Nosotros, desconocedores de las costumbres nicas, incapaces de adentrarnos en la pétrea personalidad de los campesinos, nos limitábamos a peinar la zona, localizar y censar en cada vivienda al número de analfabetos, intentar, de algún modo, convencerlos de las ventajas de saber leer y escribir, e integrarlos en algún Colectivos de Educación Popular, multiplicados en la región gracias a la cabezonería y la sabia dirección de Orlando Pineda. En esos paseos indolentes conocí a Manuel. Era uno de los jóvenes maestros populares que, por vez primera, se adentraban en la montaña con el ansia de enseñar, con el deseo de ayudar, iluminando sus pupilas. Manuel daba clase en unos de los CEPs más cercanos a mi casa, y también se alojaba en nuestra comunidad, en la cabaña de un viudo cojo y desdentado que afirmaba haber combatido a las órdenes de Pedrón Altamirano, algo que, por supuesto, nadie creía. Alto y musculoso, siempre optimista, siempre inocente, Manuel era un buen muchacho. Un buen hombre.

Cada atardecer, antes que los últimos bostezos del sol tiñeran con sangre las colinas, regresábamos al abrigo de los nuestros. Allí, acucillados junto a las hogueras, embriagados con el aroma de las tortitas, narrábamos nuestras experiencias añadiendo, de cosecha propia, alguna anécdota imposible, algún dato sorprendente que todos sabíamos inventado, pero admitido por todos con naturalidad, como si en aquellas regiones negadas a la historia lo increíble fuera norma y lo corriente reflejo difuso de otros lares. Sabíamos que, en algún punto invisible, suficientemente alejada de nosotros, la tropilla de Pastora barría las sombras buscando futuros que destruir mientras se escondía del ejército sandinista pero, entre mis compañeros, compartiendo el maíz, el agua y las historias, me sentía seguro. Después, cuando el fuego era apenas un rescoldo moribundo, buscaba a tientas el catre de María, la desnudaba despacio, saboreando su aroma a tierra y hembra asilvestrada, y la poseía en silencio, fingiendo no ver las miradas curiosas de sus hijos.

Supongo que seguía así, sumido en mis recuerdos, en ensoñaciones recientes de un pasado inmediato, cuando escuchamos el motor. Sin palabras, sin luces que delataran nuestra presencia, nos miramos. Lejos, pero acercándose, el ruido de una embarcación rompía el silencio denso que nos acompañaba. El piloto, cuyo nombre nunca supe, y Erwin, compañero en la penosa labor de entregar un cadáver a su familia, otearon las tinieblas con la preocupación esculpida en el entrecejo. Yo temblaba. Ahora, con el cuerpo de Manuel pudriéndose lentamente a nuestros pies, no dudaba de los rumores extendidos a lo largo de la montaña, rumores sobre campesinos torturados,

sobre mujeres violadas, o niños baleados en presencia de sus madres. Y sobre pescadores desaparecidos en la inmensidad del Cocibolca, abordados en plena oscuridad por lanchas rápidas introducidas desde Costa Rica gracias al capital estadounidense y a un número nada despreciable de mercenarios nicaragüenses, pescadores cuyo delito era alimentar a sus familias, proveer de mercancía los mercados, impedir que sus vecinos murieran de hambre. El desabastecimiento, la desnutrición, las enfermedades... eran las armas con que la Contra buscaba derrocar a un gobierno al que no pudieron enfrentar ni en las urnas ni en el campo de batalla. La bestia sorda del terror comenzó a revolverse en la boca de mi estómago. Aquella nave invisible se aproximaba veloz. Demasiado veloz. Sin ser muy consciente de mis actos, empuñé el Mazden destartado que traíamos con nosotros. Pero ni el frío de su acero, ni mi dedo en su gatillo, fueron capaces de tranquilizarme.

Entonces, atento a la previsible llegada de la muerte, ahogado en un calor húmedo que empapaba mis ropas, pero tiritando de frío, me sentí más cercano a Manuel de lo que jamás hubiera estado. Ni cuando, a mi regreso del diario recorrido por las comunidades le encontraba bromeando con los chiquillos de mi casa, ni durante las noches compartidas con leyendas y cánticos al abrigo de una fogata, ni mientras le veía impartir, bajo el mango que custodiaba nuestra vivienda, sus clases de lectura a los vecinos o cuando, después, se perdía en el interior de la chabola para profundizar en la enseñanza de María, más lenta en el aprendizaje que los demás, me sentí tan próximo al muchacho como en aquellos minutos de tensa espera, el difunto a

mis pies, un fusil en las manos ingobernables de puro miedo y la certeza de un desenlace indeseado surcando unas aguas dulces de evocaciones amargas.

Entonces comprendí sus últimos minutos. Lo puedo imaginar, solo, caminando de regreso a nuestra base, sumido tal vez en pensamientos optimistas; la novia esperando en Masaya, los amigos del equipo de pelota, quizá, incluso, la madre, a quien llevábamos su cuerpo hueco. Parece que se demoró, nadie sabe el motivo, y el ocaso cayó sobre la montaña más veloz de lo que pudo prever. Era un joven de ciudad, un estudiante que, antes del triunfo de la revolución, jamás había ordeñado una vaca, jamás había abierto trochas en el bosque, jamás había tapiscado la milpa. Es posible que se perdiera, porque lo encontraron en la zona prohibida, en una profunda vaguada de acceso complicado, allí donde, pocas horas antes, una anciana afirmaba haber visto a los hombres de Edén Pastora. Sorprendido por la noche, desorientado en unos paisajes cambiantes al capricho de la luna, buscó el camino de la comunidad allí donde todos sabíamos que se encontraba la muerte.

Supongo que sintió pánico cuando tropezó con ellos, un pánico comparable al que entonces me embargaba, casi sólo, casi a la deriva, inerme sobre un lago poblado de tiburones. Presentaba, cuando un taciturno arriero lo encontró envuelto en sangre y fatalismo, cuatro orificios de bala en el centro de su amplia espalda, excelente diana para cualquier tirador mediocre. La mancha marrón de su pantalones, el hedor que le rodeaba, eran una metáfora real y repugnante de la locura donde vivían, y morían, los habitantes de la línea fronteriza, una locura impuesta para que los campesinos no aprendieran a leer,

para que las mujeres no llegaran a ser sujeto de sus derechos, para que los niños siguieran muriendo de diarrea, de lombrices o de cualquier fiebre fácilmente prevenible. Aterrado al comprender su destino, se había cagado en su absurda carrera por esquivarlo. Sí. Me sentía muy cercano a Manuel, acribillado por la espalda y arrastrado a la comunidad sobre un asno sarnoso, su mierda, y no su rostro, exhibida sin pudor ante los suyos. Una punzada en el vientre quiso avisarme. Primero, embadurnaría de miseria mis calzoncillos. Después, una ráfaga surgiría de la noche, nos barrería como a titeres sin cuerda, taladraría nuestras carnes, nuestras vísceras y nuestros órganos vitales, y seríamos arrojados al fondo de un lago donde nadie, jamás, nos encontraría. Apreté tanto los dientes que un chasquido me confirmó la rotura de un incisivo. No sentí dolor. La lancha se abalanzaba sobre nosotros.

A veces, de manera inesperada, incluso un cobarde como yo puede elevarse sobre los comunes y, guiado por el pánico, intentar alguna heroicidad, alguna estupidez. A mi lado, los nicas permanecía mudos, mascarones pétreos de nuestra embarcación, pero yo no podía. Tumbado sobre los restos de Manuel, me llevé el rifle a la cara, y esperé que el imparable sube y baja del cañón fuera, de alguna manera, gobernable. Frente a nosotros, el motor invisible dio un par de bruscos acelerones antes de frenar su galopada y jadear al ralentí. Comprendí que los teníamos encima. Escuché un sonido metálico, un chasquido repentino y el haz de un foco rasgó las tinieblas.

Disparé.

Por unos segundos, al eco de mis disparo, reverberaciones que iban y venían de los tímpanos la cerebro, siguió un silencio denso como sólo puede serlo el silencio previo a la explosión. Pero no sucedió nada. Algo gimió, algo extinguido en un quejido y, de repente, el chapotear de un cuerpo al caer sobre las aguas. Y, de nuevo, el silencio.

No hubo más disparos. Nadie abrió fuego contra los tres aterrados traficantes de cuerpos que aguardábamos como si fuéramos uno con Manuel. Nadie repelió el ataque, ninguna ametralladora perforó nuestro esquite y nuestra carne. Sólo el silencio. Y la naciente sospecha que nos rondaba con ecos de tragedia.

Por fin, el piloto se decidió a virar, a buscar la popa del contrario. Le rodeamos despacio, al ritmo cansino de nuestro vetusto fuera borda, confirmando una realidad que muy diferente a la creada por mis miedos. El bote, una humilde panguita acondicionada con un vetusto motor soviético, estaba vacío. Nada en su interior hacía pensar en soldados, en contrarrevolucionarios, en enemigo alguno. Allí sólo había redes mil veces remendadas, un bote metálico donde agonizaban unos pocos guapotes, y el foco con el que, en plena noche, el pescador atraía la curiosidad de los peces. El foco que había provocado su muerte de la forma más tonta, asesinado por un extranjero demasiado cobarde para empuñar un arma.

Decía antes que la primera vez que la muerte se muestra desnuda ante tus ojos, deja una huella indeleble que habrá de acompañarte por el resto de tu vida. La segunda vez, no es para tanto.

Guardamos silencio ¿Qué podíamos hacer? Ayudar a aquel infeliz era imposible, así que, con la callada complicidad de Erwin y el piloto, decidimos terminar nuestra labor. La familia de Manuel, ignorante de la suerte del muchacho, esperaba en algún lugar de Masaya. Nosotros eramos los responsables de entregarles sus restos. El otro, el desafortunado pescador, yacería para siempre en las aguas del lago, alimentando a los mismos peces que, hasta la fecha, le alimentaron a él. Seguimos nuestra ruta, seguimos navegando sin ruido, pendientes de la Contra y los peligros invisibles que nos rodeaban, intentado en lo posible olvidar aquel accidente imprevisible. Regresé a mi esquina de la embarcación, me encogí entre las tablas y el cadáver, y me abandoné al vacío, ese vacío que formaba parte de mi propio ser o, mejor dicho, ese vacío que resumía mi existencia desde el momento del primer asesinato.

Se agrupaban en la quebrada que corría paralela al arroyo de Aguaclara. Eso dijo la vieja cuando, jadeante, llegó hasta la comunidad. “Los hijueputas andan maquinando allá, por laguacalara” espetó en una ininteligible andanada salpicada de insultos y salivazos. Pero todos comprendimos. Los sicarios de ARDE estaban cerca, en el sector más oriental de nuestro territorio. Había que avisar al ejército. Al instante, cuatro jóvenes con alas en las piernas volaron montaña arriba, buscando el pequeño destacamento que guardaba aquella

parte de Río San Juan. Tardarían horas en regresar con el destacamento. Mientras tanto, no era previsible que la Contra hiciera acto de presencia en el poblado. Pero había que agrupar en él a los campesinos dispersos que todavía andaban en la tapisca, con el ganado o recogiendo leña para el fuego. En parejas, debíamos peinar el lado oriental de la ladera, amenazada por la presencia de Pastora, siempre juntos y sin adentrarnos en la quebrada. Mi pareja, como siempre, era Manuel, pero el muchacho, pendiente siempre de sus clases, del avance de sus alumnos, no se había enterado de lo sucedido. Estaba con María, ayudándola en su lento avance con las letras.

Bueno. Llegados a este punto, no es difícil imaginar qué me encontré cuando, asustado, corroído por una urgencia histérica, entré en la cabaña. Ella estaba encima. Él, debajo. Sus pechos, esos pechos que estúpidamente llegué a considerar míos, botaban a cada convulso movimiento de caderas. “¡La Contra anda cerca. Tenemos que juntar a los campesinos!” vomité en un graznido que, pretendiendo ser desdeñoso, sonó lastimero. Salí a toda velocidad, negando la realidad evitando verla, y a toda velocidad me precipité montaña abajo, a cumplir con la obligación impuesta a pesar de las molestas lágrimas que anegaban mis pupilas. Manuel me alcanzó mucho más tarde, cuando el terreno se suavizaba y un breve riachuelo asomaba de las entrañas de la tierra. “¿Cuál es el mandado?” preguntó con naturalidad, con aquella irritante serenidad nica que hace vulgar lo importante, que transforma los dramas en cotidianidad y las nimiedades en tragedia. Ese imberbe de sonrisa alelada no sentía ningún remordimiento por acostarse con María, la mujer con la que su compañero, su amigo, dormía cada noche. Sentí ganas de

abofetearlo. Pero una frialdad desconocida, una frialdad que no era sino el eco de este vacío que comenzaba entonces a llenarme, me guió por un otro camino, por una senda estrecha y sin retorno que transito, desde entonces, con ojos cerrados y el alma en suspenso. Señalé al fondo, a la Quebrada de Aguaclara, y firme, con la seguridad de quien no ha de arrepentirse de sus actos, ordené: “Tú busca por ahí”.



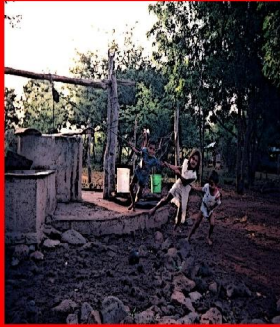
Gracias por llegar hasta aquí.

Espero que hayas disfrutado de tu periplo por este pequeño país a caballo entre dos subcontinentes, encogido entre dos océanos. Mucho de lo que has podido leer en esta páginas, la pobreza, la violencia, la miseria extrema, es real. Real como la solidaridad, el sacrificio, la entrega a los demás.

En [Entre lagos y volcanes](http://jabidc.bubok.com) (<http://jabidc.bubok.com>) tienes once nuevos viajes por Nicaragua, once visiones diferentes de una realidad fascinante, once historias de suspense, emoción e incluso, amor.

Y sólo por comprarlo, o por descargarlo, estás colaborando directamente con la alfabetización que, a pesar de los años transcurridos desde el final de la cruzada, aun continúa, aun debe continuar, contra viento y marea. Cinco euros de cada venta, tres euros y medio de cada descarga, se destinan a este fin. Te invito a pasarte por nuestra página en facebook para comprobarlo.

Gracias, otra vez. Nos vemos (espero)



Gracias por descargar este libro.
Gracias por leerlo.
Gracias por difundirlo.

Gracias por creer que la solidaridad
aun tiene un hueco entre nosotros.